

DRONES

Miquel Barceló

Suelo dar charlas en las Aulas de Extensión Universitaria para la Gente Mayor, una especie de divulgación científica (y pasatiempo “culto”) para jubilados. Es algo sumamente reconfortante por el interés que suele mostrar la audiencia, un interés (que se manifiesta en preguntas y debates) muy superior al que sus posiblemente nietos muestran en las clases “normales” de la universidad...

Recientemente parece que la moda es hacerme hablar de los Drones, los vehículos aéreos no tripulados. Y es un tema que me interesa y suele devolverme a otros tiempos cuando, bastante más joven de lo que soy ahora, estudiaba ingeniería aeronáutica y, evidentemente, hacía mis pinitos en el aeromodelismo. Al fin y al cabo, los drones vienen a ser la versión comercial y moderna de ese aeromodelismo que nos llevaba a construir tantos modelos de balsa que, indefectiblemente, quedaban sumamente maltrechos tras un mal aterrizaje (o, mejor, seamos honestos, una estrepitosa caída...).

Mi audiencia en estas Aulas de Extensión Universitaria suele estar preocupada, también, por el uso militar de los drones. Por eso se sorprenden, y mucho, cuando les cuento que el británico Douglas Archibald incorporó por primera vez en 1883 un anemómetro a una cometa y, posteriormente, en 1887, una pequeña cámara. William Abner Eddy en 1898, lo utilizó en plena Guerra de Cuba, haciendo fotos tomadas desde cometas para conocer la posición de tropas y de flotas enemigas.

Más tarde, ya en la Primera Guerra Mundial, Charles F. Kettering inmortalizó su propio nombre en el *Kettering Aerial Torpedo* (llamado *Kettering Bug*) que, tras tres años de construcción, era capaz de desplazarse unos 120 kilómetros a una velocidad de 80 km/hora cargado ni más ni menos que con 80 kilos de explosivos... Y ya no les cuento la multiplicidad de casos durante la Segunda Guerra Mundial, ni el uso para el espionaje que se ha hecho del aeromodelismo militar durante la Guerra Fría.

Como suele ocurrir, lo que ahora se hace con los drones no representa nada nuevo bajo el sol. Simplemente, la tecnología ha cambiado y ahora se usan rotores (generalmente cuatro o seis para mantener el ingenio estabilizado) y, además del uso militar, del posible asesinato selectivo y el inevitable espionaje, se proponen nuevos usos.

Ya no se trata de construirse uno mismo su aparato y volarlo sin control, con cables o con control de radio. Ahora la sociedad de consumo nos los propone a un precio barato y sólo hay que comprar, montar muy fácilmente los diversos componentes, conectarlo a un Smartphone o una tableta digital. Y así tenemos ya tenemos el dron para chafardear, recorrer virtualmente paisajes más o menos bonitos y contemplar en la pantalla del teléfono móvil o la tableta lo que el aparato vaya viendo. Un nuevo entretenimiento convertido, tal cual corresponde a nuestro tiempo, en un objeto más de consumo.

El pasado septiembre me sorprendí (un poco, sólo un poco...) cuando uno de mis estudiantes decidió que su Proyecto Final de Carrera para la Ingeniería Informática sería ni más ni menos que una web para una tienda de drones... *Cosas veredes amigo Sancho*.

Eso tan sólo significa que el producto, un primer éxito en las navidades estadounidenses de 2014, ha empezado a serlo también aquí las pasadas Navidades. Los drones son baratos, curiosos y sorprendentes en sus observaciones. No tienen nada de la magia del viejo aeromodelismo pero funcionan mucho mejor que los viejos aparatejos que construíamos con afición.

Ahora sólo falta que se complete una regulación legal suficiente. Las posibilidades, para bien y para mal, son muchas. Tal vez demasiadas.